



Todas las cosmicómicas

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Tutte le cosmicomiche*

En cubierta: ilustración de *Model Book of Calligraphy*,

Georg Bocsday y Joris Hoefnagel (1561-1596) /

Rawpixel Public Domain

En la página 1: Italo Calvino, por cortesía de la familia Calvino

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Herederos de Italo Calvino, 2024

*All rights reserved*

© De la traducción, Ángel Sánchez-Gijón

© Ediciones Siruela, S. A., 2007, 2017, 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-19942-38-8

Depósito legal: M-22-2024

Impreso en Gráficas Dehon

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Italo Calvino

TODAS LAS COSMICÓMICAS

Traducción del italiano de  
Ángel Sánchez-Gijón

 Siruela

Biblioteca Calvino

# Índice

## TODAS LAS COSMICÓMICAS

LAS COSMICÓMICAS	11
La distancia de la Luna	13
Al romper el día	29
Un signo en el espacio	41
Todo en un punto	52
Sin colores	58
Juegos sin fin	69
El tío acuático	76
¿Cuánto apostamos?	89
Los dinosaurios	99
La forma del espacio	118
Los años luz	129
La espiral	143
TIEMPO CERO	159
Primera parte. OTROS QFWFQ	161
La blanda Luna	163
El origen de los pájaros	173

Los cristales	185
La sangre, el mar	194
Segunda parte. PRISCILA	205
I. Mitosis	211
II. Meiosis	226
III. Muerte	237
Tercera parte. TIEMPO CERO	243
Tiempo cero	245
La persecución	260
El conductor nocturno	274
El conde de Montecristo	282
OTRAS HISTORIAS COSMICÓMICAS	297
La Luna como un hongo	299
Las hijas de la Luna	309
Los meteoritos	322
El cielo de piedra	332
Hasta que dure el Sol	340
Tempestad solar	349
Las caracolas y el tiempo	360
La memoria del mundo	365
NUEVAS COSMICÓMICAS	373
La nada y lo poco	375
La implosión	384
UNA COSMICÓMICA TRANSFORMADA	391
La otra Eurídice	393

TODAS LAS COSMICÓMICAS

# LAS COSMICÓMICAS

## La distancia de la Luna

*Hubo un tiempo, según sir George H. Darwin, en que la Luna estaba muy próxima a la Tierra. Fueron las mareas las que poco a poco la empujaron lejos: las mareas que la Luna provoca en las aguas terrestres y en las que la Tierra pierde energía lentamente.*

¡Yo lo sé! —exclamó el viejo Qfwfq—. Vosotros no podéis recordarlo pero yo sí. La teníamos siempre encima. La Luna desmesurada: cuando era plenilunio —noches claras como de día pero de una luz color mantequilla—, parecía como si nos aplastase; cuando era luna nueva rodaba por el cielo como una negra sombrilla llevada por el viento; y cuando era luna creciente se adelantaba con los cuernos tan bajos que parecía que iba a clavarse en la cresta de un promontorio y quedarse anclada allí. Pero todo el mecanismo de las fases era muy distinto al de hoy: debido a que las distancias desde el Sol eran distintas, y las órbitas, y la inclinación ya no recuerdo de qué; si hablamos de eclipses, con la Tierra y la Luna tan pegadas, los había a cada momento: imaginémonos si aquellos dos animalotes no encontraban el modo de hacerse sombra continua y recíprocamente.

¿La órbita? Elíptica, por supuesto, elíptica: a veces nos aplastaba y a veces alzaba el vuelo. Cuando la luna se hallaba más baja, las mareas subían hasta el punto de que nadie las podía sujetar. Había noches de luna llena baja y de marea alta que si la Luna no se bañaba en el mar era por un pelo, digamos unos pocos metros. ¿Que si no intentamos nunca subirnos a ella? ¿Cómo no? Bastaba con ir justo debajo de ella en barca, apoyar en ella una escala de mano y subir.

El punto en que la Luna pasaba más baja era frente a los Escollos de Zinc. Íbamos en aquellas barquitas de remos que se usaban entonces, redondas y planas, de corcho. En ellas cabíamos bastantes: el capitán Vhd Vhd, su mujer, mi primo el sordo y a veces también la pequeña Xlthlx, que entonces tendría unos doce años, y yo. En aquellas noches calmísimas el agua era tan plateada que parecía mercurio, y los peces, dentro, violeta, que al no poder resistir la atracción de la Luna salían todos a flote, así como pulpos y medusas color azafrán. Siempre había un vuelo de bichos menudísimos —pequeños cangrejos, calamares y también algas ligeras y diáfanas y plantitas de coral— que se desprendían del mar y acababan en la Luna, colgando boca abajo de aquel techo color cal, o se quedaban a media altura en un enjambre fosforescente que alejábamos agitando hojas de platanero.

Nuestro trabajo era el siguiente. En la barca llevábamos una escala de mano: uno la sujetaba, otro subía hasta su extremo y, otro, en los remos, mientras tanto empujaba hasta allí, debajo de la Luna; para esto era necesario que fuésemos muchos (solo he nombrado a los principales). El que estaba en la cima de la escala, en cuanto la barca se acercaba a la Luna, gritaba asustado: «¡Alto! ¡Alto! ¡Que me voy a dar un coscorrón!». Esa era la impresión que daba al vérsela encima tan inmensa, tan accidentada de punzones cortantes y bordes mellados y aserrados. Ahora a lo mejor es distinto, pero

entonces la Luna, o mejor su fondo, el vientre de la Luna, resumiendo, la parte que pasaba más próxima a la Tierra hasta casi deslizarse por encima de ella, estaba cubierta por una costra de esquiras puntiagudas. Se iba asemejando al vientre de un pez, y su mismo olor, por lo que recuerdo, era si no precisamente de pescado, apenas algo más tenue, como salmón ahumado.

En realidad, en la cima de la escala se llegaba justo a tocarla extendiendo los brazos, en equilibrio en el último peldaño. Habíamos tomado bien las medidas (todavía no sospechábamos que se estuviera alejando); a lo único que había que estar muy atentos era a cómo se ponían las manos. Elegía una esquirra que pareciera firme (teníamos que subir todos por turno en grupos de cinco o seis), me agarraba con una mano, luego con la otra e inmediatamente notaba que la escala y la barca se escapaban debajo de mí y el movimiento de la Luna me arrancaba de la atracción terrestre. Sí, la Luna tenía una fuerza que te arrastraba, te dabas cuenta en el momento de paso entre la una y la otra: había que lanzarse hacia arriba de un salto, en una especie de cabriola, agarrarse a las esquiras, levantar las piernas, para encontrarse de pie en el fondo lunar. Visto desde la Tierra parecías como colgado cabeza abajo, pero para ti era la misma posición de siempre, y lo único extraño era, al levantar la vista, ver encima de ti el manto del mar brillante con la barca y los compañeros boca abajo que se columpiaban como un racimo en su sarmiento.

Quien en aquellos saltos exhibía un particular talento era mi primo el sordo. Sus rudas manos, apenas tocaban la superficie lunar (siempre era el primero en saltar de la escala), de repente se volvían suaves y seguras. Enseguida encontraban el punto al que agarrarse para izarse, es más, parecía que solo con la presión de las palmas se pegase a la corteza del satélite. Incluso una vez me pareció que la Luna, mientras él extendía sus manos, viniera a su encuentro.

Igualmente hábil era en la bajada a la Tierra, operación más difícil todavía. Para nosotros, consistía en un salto hacia arriba, lo más arriba que pudiéramos, con los brazos levantados (visto desde la Luna, porque visto desde la Tierra, en cambio, era más parecido a una zambullida o a nadar en profundidad, con los brazos colgando), igual, idéntico al salto desde la Tierra, resumiendo, solo que ahora nos faltaba la escala porque en la Luna no había nada en qué apoyarla. Pero mi primo, en vez de tirarse con los brazos por delante, se inclinaba sobre la superficie lunar cabeza abajo como en una cabriola y empezaba a pegar saltos haciendo fuerza con las manos. Nosotros en la barca lo veíamos derecho en el aire como si sujetase el enorme balón de la Luna y lo hiciese rebotar golpeándolo con las palmas, hasta que sus piernas se ponían a tiro y conseguíamos agarrarlo por los tobillos y bajarlo a bordo.

Ahora me preguntaréis qué demonios íbamos a hacer en la Luna y yo os lo explico. Íbamos a recoger leche con una gran cuchara y un cubo. La leche lunar era muy espesa, como una especie de requesón. Se formaba en los intersticios entre esquirla y esquirla por la fermentación de distintos cuerpos y sustancias de procedencia terrestre, transportados hasta allí desde los prados y bosques y lagunas que el satélite sobrevolaba. Se componía esencialmente de jugos vegetales, renacuajos, betún, lentejas, miel de abeja, cristales de almidón, huevas de esturión, mohos, pólenes, sustancias gelatinosas, gusanos, resinas, pimienta, sales minerales y material de combustión. Bastaba con meter la cuchara bajo las esquirlas que cubrían el suelo costroso de la Luna y se retiraba repleta de aquel precioso lodo. No en estado puro, por supuesto; las escorias eran muchas: durante la fermentación (al atravesar la Luna las extensiones de aire tórrido sobre los desiertos) no todos los cuerpos se fusionaban; algunos se quedaban metidos allí: uñas y cartílagos, clavos, caballitos de mar, avellanas y tallos, cacharros rotos, cebos de pesca y,

algunas veces, hasta un peine. Así pues, este puré, después de ser recolectado, necesitaba ser desnatado, y había que pasarlo por un colador. Pero lo difícil no era eso: lo difícil era cómo mandarlo a la Tierra. Se hacía así: se lanzaba hacia arriba cada cucharada, maniobrando la cuchara como una catapulta, con las dos manos. El requesón volaba, y si el tiro era lo bastante fuerte iba a aplastarse en el techo, es decir en la superficie marina. Una vez allí se quedaba a flote y recogerla desde la barca era coser y cantar. También en estos lanzamientos mi primo el sordo demostraba una particular destreza; tenía pulso y puntería; con un golpe firme conseguía lanzar su tiro en un cubo que le tendíamos desde la barca. En cambio yo, a veces fallaba; la cucharada no lograba vencer la atracción lunar y me caía en un ojo.

Todavía no os he dicho todo de las operaciones en las que mi primo sobresalía. Ese trabajo de exprimir leche lunar de las esquiras para él era como un juego: a veces, en lugar de la cuchara bastaba con que metiera debajo de las escamas la mano o solo un dedo. No actuaba con orden sino en puntos aislados moviéndose del uno al otro a saltos, como si quisiera gastarle bromas a la Luna, sorprenderla o incluso hacerle cosquillas. Y donde metía la mano, la leche brotaba como de las ubres de una cabra. Hasta el punto de que nosotros no teníamos más que seguirle y recoger con las cucharas la sustancia que él iba, ora aquí ora allá, haciendo rezumar; pero siempre como por casualidad, dado que los itinerarios del sordo no parecían responder a ningún claro propósito práctico. Por ejemplo, había puntos que tocaba solamente por el gusto de tocarlos: intersticios entre esquiras y esquiras, arrugas desnudas y tiernas de la pulpa lunar. A veces, mi primo las apretaba no con los dedos de la mano sino —en un movimiento bien calculado de sus saltos— con el dedo gordo del pie (subía a la Luna descalzo), y parecía que ello fuera para él el colmo de la diversión, a juzgar por el gorjeo que emitía su garganta y los nuevos saltos que daba a continuación.

El suelo de la Luna no era uniformemente escamoso sino que descubría irregulares zonas desnudas de una resbaladiza arcilla pálida. Al sordo estos espacios blandos le provocaban la fantasía de hacer cabriolas o vuelos casi como un pájaro, como si quisiera imprimirse en la pasta lunar con toda su persona. Alejándose así, en un determinado punto lo perdíamos de vista. Sobre la Luna se extendían regiones que nunca habíamos tenido motivo o curiosidad de explorar, y era allí donde mi primo desaparecía; y yo me había hecho a la idea de que todas aquellas cabriolas y pellizcos con los que se desahogaba ante nuestros ojos no eran más que una preparación, un preludio de algo secreto que debía de ocurrir en las zonas ocultas.

De nosotros se apoderaba un especial humor frente a los Escollos de Zinc; alegre, pero algo contenido, como si dentro del cráneo sintiéramos, en lugar del cerebro, un pez que flotara atraído por la Luna. Y así navegábamos tocando y cantando. La mujer del capitán tocaba el arpa; tenía unos brazos larguísimos, plateados en aquellas noches como anguilas, y axilas oscuras y misteriosas como erizos de mar; y el sonido del arpa era tan dulce y agudo, dulce y agudo que casi no se podía soportar, y nos veíamos obligados a lanzar largos gritos, no tanto como acompañamiento de la música como para proteger nuestros oídos.

Medusas transparentes afloraban a la superficie marina, vibraban un poco y alzaban el vuelo hacia la Luna ondeando. La pequeña Xlthx se divertía cazándolas en el aire, pero no era fácil. Una vez, al extender sus bracitos para agarrar una, dio un saltito y ella también se quedó ingrávida. Flacucha como era, le faltaban algunas onzas de peso para que la gravedad la devolviera a la Tierra venciendo la atracción lunar: así, volaba entre las medusas colgada sobre el mar. Enseguida se asustó, se echó a llorar, luego se rió y más tarde se puso a jugar cazando al vuelo crustáceos y pececillos, llevándose algunos de ellos a la boca y mordisqueándolos.